Salmos diarios, Ciclo I, Año Impar. Explicados

Solemnidad. Epifanía del Señor. (6 de enero

Salmo 71, 2-4.7-8

Que te adoren, Señor, todos los pueblos. Navidad, un tiempo para adorar el misterio de la Encarnación. Belén fue un lugar oculto en el mundo, lejos de las miradas de los hombres, envuelto en la soledad y en el silencio del gran Misterio. Fue y sigue siendo un lugar de adoración, un lugar para postrarse ante ese niño que es Dios y que viene a darnos a conocer su amor infinito. Ante tal Misterio sólo cabe callar y dejarse amar por el Amor más allá de todo.

Si en el Niño que María estrecha entre sus brazos los Reyes Magos reconocen y adoran al esperado de las gentes, anunciado por los profetas, nosotros podemos adorarlo hoy en la Eucaristía y reconocerlo como nuestro Creador, único Señor y Salvador.

¡Seamos adoradores del único y verdadero Dios, reconociéndole el primer puesto en nuestra existencia! La idolatría es una tentación constante del hombre. Desgraciadamente, hay gente que busca la solución de los problemas en prácticas religiosas incompatibles con la fe cristiana.

Jesucristo, nuestro Rey y Señor, ha salido a nuestro encuentro para remediar nuestros males. Él no sólo nos anunció la Buena Nueva del amor que nos tiene el Padre, sino que pasó haciendo el bien a todos.

Adoremos Cristo: Él es la Roca sobre la que construir nuestro futuro y un mundo más justo y solidario. Jesús es el Príncipe de la paz, la fuente del perdón y de la reconciliación, que puede hacer hermanos a todos los miembros de la familia humana.

Escuchar a Cristo y adorarlo lleva a hacer elecciones valerosas, a tomar decisiones a veces heroicas. Jesús es exigente porque quiere nuestra auténtica felicidad. Cuando se encuentra a Jesús y se acoge su Evangelio, la vida cambia y uno es empujado a comunicar a los demás la propia experiencia.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: http://parroquiadelasoledad.org/ (Con permiso a homiletica.org)